

**POUL
ANDERSON**

**ESCUDO
INVULNERABLE**



Koskinen, el héroe de este cautivador relato de ciencia-ficción, había retornado a la Tierra con un arma misteriosa, el «Escudo», un dispositivo capaz de proteger a su usuario, encerrándole en una fuerte red absorbente de todas las energías circundantes, bajo un cierto nivel. Penetrado por la luz, era sin embargo, inaccesible a cualquier arma conocida por el hombre...

Pronto, todo el mundo civilizado se puso a la caza de este personaje, del hombre que esgrimía el arma mas portentosa que jamás había poseído la raza humana... Y la cuestión que se plantea es: ¿Qué poder real y hasta qué limite llega el «Escudo»?

para Marv y Jean Larson
con la esperanza de que algún día
seamos vecinos nuevamente.

Capítulo 1

Por un instante, mientras recorría con la vista aquella fabulosa ciudad, algo parecido a un sentimiento de terror, le dejó sobrecogido. *¿Qué haría entonces?*

Enrojecido por la neblina, el sol se ocultaba ya tras un Centro cuya gigantesca mole oscura contrastaba contra el cielo, donde los diversos ingenios aéreos de la época se entrecruzaban como moscas de agua. La totalidad del horizonte se hallaba poblado de enormes torres y colosales construcciones. Koskinen comprobó que la proximidad del gran Centro, era sólo una ilusión de sus sentidos. Los grandes edificios se hallaban aparte y a distancia, separados y rodeados por un enjambre de almacenes, factorías y casas de habitación de corte modesto. Los túneles de transporte urbano se entretejían por doquier rugiendo con el inmenso tráfico de las calles, brillando los vehículos con los últimos rayos del sol poniente. A nivel más bajo, aún se advertía una enmarañada red de calles, cintas transportadoras y monorrieles. En las primeras sombras del atardecer y bajo los muros, las luces acababan de encenderse, uniéndose al parpadear de las del tráfico rodado, las de las ventanas, las lámparas de alumbrado de las aceras y trenes. El silencio en aquella habitación a cien pisos de altura sobre el suelo, convertía el espectáculo en algo irreal, como un reflejo de un planeta extraño.

Bruscamente, Koskinen cerró el noticiario que se le proyectaba en una de las paredes de la habitación. No le gustaban en absoluto los discos que se le ofrecían, ni incluso

las danzas de Hawái, ni los bailes de última moda de los cabarets de París que tanto le habían fascinado aquella mañana. «*Mejor es dejarse de sombras —pensó—. Deseo algo que pueda tocar, paladear y oler con mis propios sentidos. ¿Como qué, por ejemplo?»*».

Allí tenía las propias facilidades que le brindaba el hotel, en el jardín las piscinas, el gimnasio, los bares, restaurantes y casi todo lo que pudiera elegir para comprar o alquilar. Podía permitirse el lujo de tomarlo todo de primera categoría, con la paga de cinco años en el bolsillo.

Además, allí estaba la propia superciudad en sí misma, con sus infinitos atractivos. Podía muy bien tomar una estratonave que le condujese rápidamente a cualquier ciudad occidental del país, o alquilar un aparato rápido y trasladarse a cualquier parque nacional y pasar la noche junto a un lago o un hermoso bosque. O...

¿*Qué?* —se preguntó a sí mismo—. *Puedo pagarlo todo, excepto la compañía de un amigo. Y... ¡Dios Santo! He perdido ya así veinticuatro horas. Ahora comprendo lo triste y solitario que es tener que pagarlo todo...*

Se aproximó al teléfono. «*Llámame —le había, dicho Dave Abrams— al edificio de Centralia, en Long Island. Aquí tienes el número de mi teléfono. Nuestra casa siempre cuenta con un sitio para alguien más y Manhattan sólo está a unos cuantos minutos más allá, con agradables lugares para pasarlo bien. Por lo menos, así era hace cinco años. Estoy seguro que puedo asegurarte, al menos, los estupendos pasteles de queso que hace mi madre*».

Koskinen dejó caer la mano. Todavía no. La familia Abrams tenía derecho a su vida privada y necesitaba tiempo para conocer a su hijo. Media década en un planeta extraño podría haberle cambiado mucho. El representante del Gobierno que había acudido a esperarles en el Aeropuerto Goddard, había notado lo excesivamente tranquilo que parecía, como si toda la quietud de Marte se hubiera infiltrado en su espíritu. Por otra parte, su propio orgullo le impe-

día hacerlo. No tenía derecho a interrumpir la vida amable de sus semejantes, como si se encontrase en la Tierra igual que un niño perdido en el bosque.

En condiciones similares se hallaba frente a sus demás compañeros de tripulación. Sólo que ellos tenían una ventaja sobre él. Todos eran mayores en edad y tenían sus hogares y parientes. Había incluso dos que se habían casado. Pero Koskinen no tenía a nadie. La catástrofe de la guerra había hecho desaparecer su casa, allá al norte de Minnesota, donde había vivido de niño. El Instituto se hizo cargo del pequeño huérfano de ocho años y le había llevado interno a un orfanato donde se había criado y educado con varios centenares más, igualmente seleccionados con un alto coeficiente de inteligencia, previos los tests oportunos. Fue algo duro. No es que la escuela en sí fuese mala, puesto que hicieron lo imposible por suplirle la falta de su familia, ya que el país necesitaba desesperadamente un gran número de mentes bien entrenadas y a una prisa loca. Koskinen obtuvo su grado de licenciado en Ciencias Físicas a la edad de dieciocho años, y un título menor de Ciencias Simbólicas. En el mismo año, las autoridades astronáuticas aceptaron su solicitud para la novena expedición a Marte, la única que permanecería el tiempo suficiente para aprender decididamente algo sobre los marcianos, y para tal destino salió embarcado en seguida.

Koskinen se sintió confuso. Decidió no sentir lástima alguna de sí mismo. Tenía veintitrés años, una excelente salud, y contaba con una cuenta corriente en el Banco de cierta importancia. Cuando transcurrieran algunos días e hiciera su informe general al Estado Mayor, se sumergiría en los libros de la tecnología del espacio. Entretanto, no debería preocuparse demasiado, excepto el hecho de no hallarse acostumbrado a la Tierra. No era tan fácil pasar los años más sensibles en un planeta extraño, tan diferente a la Tierra, como un sueño y convertirse instantáneamente en uno de los seis mil millones de habitantes de la Tierra.

—Bien, debes comenzar alguna vez, muchacho —se dijo a sí mismo en voz alta, mientras se dirigía al espejo del cuarto de baño para comprobar su atuendo y apariencia general. La blusa roja, de alto cuello, los pantalones azules de vuelo y sus zapatos suaves que había adquirido aquel mismo día, le daban una apariencia agradable de última moda. Se estuvo preguntando si quitarse o no la barba rubia que traía de Marte; aunque decidió que sería mejor dejársela, ya que sin ella tendría el aspecto de un chiquillo, con la suave piel de su rostro y sus ojos azules. Tenía un cuerpo musculoso y bien desarrollado; el capitán Twain había insistido en un ejercicio sistemático y regular, además que el portar constantemente un equipaje de supervivencia equivalente a cien libras terrestres, no era tampoco un juego de niños. Koskinen se había sorprendido al ver con cuánta facilidad se había adaptado a la gravedad terrestre. Lo que le resultaba peor y más difícil de soportar era el aire espeso, húmedo y polvoriento de aquella temperatura de finales de otoño. Le producía mayor malestar que la sensación de peso. «Bien, creo que lo conseguiré», se repitió a sí mismo, y se dirigió hacia la puerta.

Pero en aquel momento, sonó el timbre.

Durante unos segundos de asombro, Koskinen se quedó inmóvil. ¿Quién podría ser? Alguien de la espacionave, tal vez, se imaginó esperanzado, que se hallaría tan solitario como él y vendría a buscar su compañía...

Recordó que debería mirar por la mirilla de la puerta. Pero no aparecía nadie a la vista.

¿Se habría estropeado? La campanilla volvió a sonar. Koskinen presionó el botón que abría el acceso a su habitación.

La puerta se abrió y dos hombres entraron en ella. Uno de ellos volvió a tocar en el botón que dejaba la puerta cerrada. El otro manipulaba con una pequeña caja plana. La mirilla volvió a quedar despejada y el individuo aquel se in-

trodujo la caja en un bolsillo. Se comprendía la maniobra que habían efectuado al cegar la mirilla por el exterior.

Koskinen se quedó unos instantes sin saber que partido tomar. Eran hombres macizos, sobriamente vestidos, con duras facciones sin expresión.

—Bien —comenzó a decir—. ¿Qué es lo que ocurre? — Su voz se difuminó, como si el suelo y las paredes a prueba de sonidos la hubieran absorbido totalmente.

El hombre que se había quedado rezagado, preguntó:

—¿Es usted Peter J. Koskinen, de la espacionave de los Estados Unidos «Boas»?

—Sí... Pero...

—Somos de la Seguridad Militar. —El que así había hablado sacó del bolsillo una tarjeta que mostró a Koskinen, envuelta en una funda de plástico. Koskinen miró el documento de identidad, fijándose bien en las facciones de la fotografía y en las de su interlocutor y sintió que se le hacía un nudo en el estómago.

—¿Y qué es lo que ocurre? —preguntó, un tanto atropelladamente, ya que incluso él, recién desembarcado, sabía que la Seguridad Militar no se interfería en nada relacionado con crímenes—. Yo...

El nombre retiró su tarjeta. Koskinen había captado el nombre de Sawyer. El que estaba junto a la puerta, permanecía en el anónimo.

—Nuestra oficina tiene un informe acerca de usted y de sus trabajos en Marte —le dijo Sawyer. Sus ojos, de un color rojizo, no se apartaban ni un instante de Koskinen—. Primero, dígame: ¿no tiene usted cita alguna esta noche? ¿No va a reunirse con alguien?

—Pues no, no... Yo...

—Bien. Comprobaremos todas sus declaraciones, recuérdelo, por psicointerrogatorio entre otras cosas. Será mejor que no nos mienta.

Koskinen dio un paso atrás. Sus manos comenzaban a mojarse con el sudor y a ponerse frías.

—¿Qué es, de todos modos, lo que pasa? —murmuró—. ¿Me encuentro bajo arresto, quizá? ¿Por qué razón?

—Llamémosle custodia protectora —repuso Sawyer en un tono ligeramente amistoso—. Un arresto técnico, sí, pero tan sólo mientras usted quiera seguir cooperando con nosotros.

—Pero ¿qué es lo que yo he *hecho*? —Súbitamente, Koskinen sintió una rabia incontrolable en su interior—. Ustedes no pueden interrogarme bajo el efecto de las drogas. Conozco mis derechos.

—El Tribunal Supremo dictaminó ya hace tres años, amigo, que en aquellos casos en que se halle en peligro la seguridad nacional, los métodos psicológicos podrán ser empleados. La evidencia no puede ser usada ante un tribunal..., todavía. Es sólo para estar seguros. —Sawyer le hizo un gesto autoritario—. ¿Dónde está ese chisme?

—¿El qué?

—El dispositivo. La máquina protectora. La tomó usted del «Boas» con su equipaje. ¿Dónde está?

—¿Qué..., qué es lo que quieren con eso?, —se oyó a sí mismo protestar—. Yo nunca... he robado nada. La deseaba solamente, para cuando hiciese mi informe y...

—Nadie le ha llamado ladrón —dijo el hombre que permanecía junto a la puerta—. Es simplemente, que ese dispositivo resulta muy importante para la Seguridad. ¿Quién más tiene noticias de la máquina, además de los miembros de la expedición?

—Nadie en absoluto. —Koskinen se humedeció los labios. El horror comenzaba a invadirle interiormente un poco—. Lo tengo..., ahí mismo. En esta misma habitación.

—Está bien. Vamos, sáquelo.

Koskinen se aproximó al armario y presionó un botón. La puerta se corrió hacia un lado, revelando algunas prendas de su uso, un poncho para la lluvia, y un paquete de tres pies por dos y por uno, envuelto en periódicos del día anterior y atado con una cuerda.

—Ahí está —dijo apuntando con un dedo.

—¿Es esto todo? —preguntó Sawyer con cierta sospecha en la voz.

—No es muy voluminoso. Se lo mostraré.

Koskinen desató el paquete. Sawyer le puso una mano sobre el hombro y tiró de él hacia atrás.

—¡No, no lo haga! ¡Apártese de eso!

Koskinen trató de controlar el coraje que le sacudía. Era un ciudadano libre de su país, que tenía muchos merecimientos personales, para ser tratado de semejante forma. ¿Quién se habrían figurado aquellos individuos que era?

Tipos de la Seguridad Militar, eso eran. El conocimiento de la realidad le dio escalofríos. No es que hubiera tenido mucho que ver con ellos antes, o que hubiera oído decir de ellos que se extralimitasen en sus funciones. Pero eran gentes de las que había que hablar en voz baja.

Sawyer realizó una rápida y certera comprobación por toda la estancia.

—No hay nada más —dijo—. Está bien, Koskinen, salga de aquí y acompáñenos.

Koskinen comenzó a empaquetar las ropas en la maleta que había adquirido aquel mismo día. Se dirigió hacia el teléfono y marcó el número de la recepción, murmurando algunas palabras de excusa en el sentido de tener que abandonar el hotel con urgencia. El jefe de recepción le preguntó si necesitaba un mozo.

—No, gracias —repuso, cortando la comunicación.

Se quedó mirando a la cara del agente de la Seguridad Militar.

—¿Por cuánto tiempo estaré fuera? —suplicó.

El agente se encogió de hombros.

—Yo sólo trabajo aquí. Vamos.

Koskinen se llevó su propia maleta y Sawyer el paquete. El tercer hombre permaneció vigilante con una mano metida en el bolsillo. La cinta transportadora les llevó corredor adelante. En la tercera encrucijada, un transportador les

elevó rectamente hacia el techo del rascacielos. Un joven y una chica descendían por la parte opuesta. La túnica de la muchacha era un vivo reflejo iridiscente desde el pecho hasta las rodillas y su cabello graciosamente peinado y sujeto con micalita. Su sonrisa cantarina parecía proceder de lejanas distancias. Koskinen no se había sentido tan solo desde aquella época en que vivió entre los solitarios pinos de su país natal y vio morir a su madre.

Aquello carecía de sentido, era absurdo, se repetía a sí mismo. Todo estaba desquiciado. Para eso existía el Protectorado, para ejercer control sobre todo, para guardar las ciudades de nuevo contra la caída del polvo radiactivo. La Seguridad Militar no era otra cosa que el Servicio de Inteligencia del Protectorado. Ahora que pensaba en aquello, el efecto de la barrera potencial tenía posibilidades para la guerra, aunque no para una guerra agresiva. ¿O las tendría? Tal vez las gentes de la Seguridad Militar... ¡Buen Dios, quizá el propio Marcus... no deseaba otra cosa que reafirmarse en tal puesto!

Lo cierto es que estaba siendo conducido por la garra de Sawyer apretándole en el codo y el otro hombre preparado con un arma en el bolsillo y entre ambos, conduciéndole a alguna parte, para dejarle incomunicado y con el organismo y la mente repletos de drogas. Súbitamente, ciegamente, deseó con todas sus fuerzas encontrarse de nuevo en Marte.

Sí, al borde del Trivium Charontis, mirando a la fantástica extensión del desierto de Elysian, donde el pequeño sol esparce por el planeta una suave luz púrpura y cristalina, con las dunas ondulantes y suaves, mientras que en el lejano horizonte, allá a lo lejos, se alza una torre rocosa, ya viejísima cuando el hombre primitivo de la Tierra cazaba el mamut; con la imponente figura de Elkor aproximándose por su espalda, oyéndosele acercarse en aquel aire tenue, hasta que su pálpito suave le acariciaba el cuello a través de la espesa estructura de su traje a presión; y con todo,

tan suave como la mano de una mujer, las vibraciones codificadas, que él podía comprender tan bien como su propia lengua materna, llegaban a su cerebro a través de sus nervios: «El Portador de Esperanzas vino anoche a mí, mientras me hallaba sumergido en las estrellas, para traerme un nuevo aspecto de la realidad, que puede aplicarse al problema que nos da la mutua alegría...».

En aquel momento, los tres hombres llegaban al aeropuerto del techo del rascacielos. Un aerotaxi corriente se hallaba esperándoles, algo aparte de los usualmente estacionados allí. Sawyer hizo un gesto con la cabeza al agente que esperaba y que intimidado con la señal, descorrió la portezuela de acceso al aparato.

—Entre —dijo secamente.

Koskinen entró y se situó en medio del asiento delantero. Los agentes le flanquearon a ambos lados y Sawyer se puso al control de los mandos de la pequeña nave voladora. Se apretaron los cinturones de seguridad. La luz verde del radar les avisó la salida y Sawyer maniobró con el timón lanzando el aparato hacia arriba.

Capítulo 2

El sol ya se hallaba bajo en el horizonte y los niveles inferiores de la megalópolis, totalmente a oscuras, brillando con las luces artificiales que como pequeñas joyas radiantes ocupaban todo el panorama que la vista de Koskinen alcanzaba a ver, desde Boston, Massachusetts, hasta Norfolk, en Virginia, lugares que recordaba vagamente. Y hacia el este, hacia Pittsburgh, se extendía como un tentáculo que alcanzaba el complejo derivado desde Chicago. Los rascacielos imponentes y los impresionantes Centros sobresalían por encima de la neblina de la atmósfera sobrecargada, alcanzando sus cúpulas y terminales hasta los últimos rayos del sol poniente. El cielo occidental se arqueaba en un tono verdoso sobre los rescoldos del crepúsculo. Reconoció al planeta Venus y dos brillantes chispas de luz que eran en realidad dos satélites de enlace en órbita sobre la Tierra. Pudo comprobar que había muchísimos más coches aéreos de los que existían cuando él era un chico todavía, viajando a diversos niveles de tráfico aéreo. La prosperidad material estaba volviendo al fin, pensó Koskinen.

Un gigantesco aparato transcontinental aparecía enorme y plateado a través de su ruta del espacio en dirección al cabo Cod. Lo observó con curiosidad al paso. Sawyer conectó el autopiloto y puso rumbo a Washington.

El coche se deslizaba a un nivel medio en donde entró cuando el gigantesco navío transcontinental hubo permitido el margen de seguridad suficiente. Sawyer sacó un paquete de cigarrillos.

—¿Fuma?, —invitó a Koskinen.

—Ah, no, gracias. —Y con una estúpida necesidad de hablar, de decir algo, como si el silencio del interior del aparato le agobiase, explicó a continuación—: No podemos hacerlo en Marte, ya sabe.

—Sí, claro. Cuando el oxígeno debe ser nuevamente recuperado para un ciclo constante...

—No, el peso y el espacio es lo que prohíbe el uso del tabaco —dijo Koskinen—. El oxígeno no era problema, al menos en estos últimos tiempos. Con lo que aprendimos de los marcianos, mejor dicho, junto con ellos, yo diría desarrollamos un reductor de aire no más grande que el tamaño de un puño, con capacidad suficiente para dos hombres al tope máximo de sus necesidades metabólicas. Yo llevaba uno incluido en mi traje a presión. Naturalmente, cuando viajaba por la superficie de Marte, usando el campo potencial en lugar del traje a presión con calefacción interior y el casco...

Sawyer pareció molesto.

—¡Cállese! —interrumpió irritado—. No me gustaría oír una palabra más sobre todo eso.

—Pero usted es de la Seguridad —repuso Koskinen en completo asombro.

—Yo no soy el jefe —dijo Sawyer— y no quiero calentarme los sesos con algo que ignoro. Deja usted escapar con demasiada frecuencia, datos en mayor cantidad de lo que ellos suponen.

—¡A callar!, —restalló su compañero. Sawyer dejó traslucir una momentánea alarma. Koskinen se arrellanó hacia atrás en su asiento. ¿Estarían ya intentando extraer sus recuerdos?

El compañero giró la cabeza y miró por la ventanilla de atrás.

—¿Desde cuándo viene ese aparato detrás de nosotros? —preguntó preocupado.

Sawyer lo miró también. Koskinen no pudo hacer lo mismo, aunque comprobó simplemente la presencia de un vehículo corriente de mediana velocidad no muy distinto de los que volaban paralelos a uno y otro lado.

—No lo sé —respondió Sawyer—. Supongo que no sólo nosotros vamos a Washington.

El otro hombre tomó un pequeño telescopio de la guantera del aparato oteando con él.

—Sí —dijo en voz agria—. Es el mismo coche que nos sigue desde Jersey. Ya me di cuenta.

—Hay muchísimos «Eisenhowers» del modelo dos mil doce —comentó Sawyer.

—Me di cuenta también del número de la placa —dijo el otro—. Creo que sería mejor volver a la Academia.

—Pero... —Y las mejillas de Sawyer se perlaron de sudor.

—Creo que es demasiada coincidencia que ese coche, que da la casualidad que nos sigue constantemente desde el principio, haya dejado también el nivel de tráfico en el momento en que nosotros lo hicimos, dando además la casualidad que estuvo rondando las calles precisamente durante el tiempo que permanecemos en el Hotel von Braun, y que por si fuese poco, también haya puesto rumbo a Washington en el momento en que lo hemos hecho nosotros. ¡Y sin circuito cerrado en este cacharro para comunicarnos con el Cuartel General! Va a rodar la cabeza de alguien...

—Tomamos las órdenes muy aprisa —argumentó Sawyer—. Tal vez se trate de una escolta. Sí, seguro. Una sombra así no es cosa de un aficionado. Además, el Cuartel General no avisa a nadie cuando tiene que ser escoltado...

—Si hubo tiempo para disponer de una escolta, también lo hubo para proveernos de un aparato acorazado con un circuito cerrado de transmisión —repuso el otro—. Ese tipo tiene que ser un extranjero. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Sawyer pulsó el botón del teléfono.